

NUEVE MESES DE EGIPTO NACIONAL CON MOHAMMED NAGUIB

AL terminar a fines de abril de este 1953 un período de tres trimestres desde la fecha del 23 de julio de 1952, en que comenzó el movimiento militar egipcio, parece llegado el momento de marcar las grandes líneas de lo que dicho movimiento está significando, no sólo porque ya puede verse con la suficiente perspectiva, sino también porque los tres cuartos de año transcurridos parecen cerrar una etapa completa. Egipto, la milenaria nación del Nilo, está evidentemente en uno de los momentos de encrucijada de su historia, del cual las líneas externas e internas se cruzan todas en el general Naguib.

Comenzando por los primeros y más lejanos antecedentes del alzamiento de julio, es indispensable hacer constar el hecho (hasta ahora casi desconocido fuera de Egipto) de que el movimiento militar no tuvo su origen, como generalmente se ha dicho, en la guerra de Palestina de 1948, sino en el incidente del 4 de febrero de 1942. Ese fué el día en que el embajador de Inglaterra y el comandante en jefe de las tropas británicas de ocupación presentaron al rey Faruq un ultimátum por el cual Faruq tuvo que confiar el Poder al jefe del Wafd, Mustafá Nahas, para que éste, después de proclamarse además de jefe del Gobierno, comandante militar de Egipto, impusiese una política determinada por los intereses ingleses. Al enterarse de que Faruq había aceptado la imposición, los jefes y oficiales del entonces pequeño Ejército egipcio, estimando que el ultimátum no sólo constituía una injuria al rey, sino a Egipto. enteró, quisieron ir a palacio a expresarle su adhesión, pero Faruq les ordenó renunciar a ese gesto. Entonces los militares que no eran palatinos, es decir, los más numerosos y los mejores, decidieron obrar por su cuenta. Por iniciativa del entonces oficial Gamal Abden Nasser fueron organizadas comisio-

nes secretas en todas las unidades armadas, con la misión de preparar los espíritus a una sublevación contra las fuerzas de ocupación y los egipcios que las ayudaban (lo cual parecía facilitado por la guerra que entonces los ingleses sostenían contra Alemania). El curso de la política internacional entre 1943 y 1945 alejó el ideal de los que se llamaban a sí mismos «los oficiales libres», pero no lo hizo desaparecer. Entonces la mayor indignación de ellos era contra Mustafá Nahas por haberse encargado del Poder después del incidente del 4 de febrero; pero, a la vez, no sólo habían perdido la confianza en el monarca, sino que le despreciaban por haber hecho dar poco después en el local del Círculo Militar una fiesta con baile que los disgustados oficiales libres calificaron de «odiosa y depravada». En 1946, las medidas que Ismail Sidqui, de acuerdo con Faruq, tomó para intentar acallar la oposición al tratado que negociaba con Inglaterra, acrecieron el disgusto de Gamal Abden Nasser y sus amigos. Al fin llegó en 1948 la guerra de Palestina, que debía permitir a los oficiales libres completar su organización.

Respecto a dicha guerra ya se sabe que el haber sido enviadas a combatir tropas sin instrucción, casi sin armas y con municiones estropeadas, hizo que el descontento ganase a casi todos los ex combatientes que habían soportado las desastrosas consecuencias de imprevisiones y traiciones, y que la principal figura destacada en dicha campaña, es decir, el general Mohamed Naguib, fuese designado como su jefe y portavoz por los militares descontentos. Luego, las sucesivas etapas de la adhesión a los «oficiales libres» de la mayor parte de la oficialidad; la elección de Naguib y los suyos para los puestos directivos del Círculo Militar; el intento de represión de Faruq que hubiera podido llegar a matar a los dirigentes del movimiento, y el golpe por el cual éstos se adelantaron ocupando en la madrugada del 23 de julio los puntos principales del Cairo, son hechos que en su tiempo relató la Prensa diaria de todo el mundo. También son generalmente conocidos los detalles de la abdicación de Faruq y la iniciación del nuevo régimen bajo un Consejo de Regencia que habría de ejercer los poderes durante la menor edad del proclamado nuevo rey Ahmed Fuad II. Pero quedó un poco en sombra el indispensable factor de los antecedentes de Mohamed Naguib. Y luego, después de lo saliente de los hechos principales citados de vez en cuando por las agencias de información mundial, ha pasado inadvertida la tra-

yectoria evolutiva de los tres trimestres uno por uno. Son dos huecos que importa rellenar.

En la personalidad de Naguib, los hechos iniciales esenciales fueron la procedencia militar familiar y el nacimiento en el Sudán. Respecto a lo primero, no sólo por haberlo sido su padre, su abuelo y varios tíos (que sirvieron igualmente en el Sudán), sino porque ellos fueron algunos de los que representaron las excepciones al forzoso desarme que Egipto sufrió entre 1880 y 1940 aproximadamente. El nacimiento en Jartum el 1901, así como enlaces sudaneses maternos y su asistencia al Gordon College de Jartum hicieron que cuando se cortaban la mayor parte de los lazos entre los dos sectores del valle del Nilo, él fuese una de las pocas personas que quedaron viviendo a la vez la realidad de los lados Norte y Sur. En el Sudán inició su carrera militar en tropas egipcias, y el 1921 volvió a servir allí en tropas sudanesas. Así, la noticia de su golpe de julio produjo general alegría en Jartum y Omdurman entre los sudaneses de todos los partidos, tanto unionistas como autonomistas.

Personalmente en él han coexistido también otras facetas muy distintas de acción y pensamiento que le distinguían antes de ser general (y que no han sido mencionadas en los comentarios que se han hecho desde Europa) es decir, las de erudito civil y de protagonista de aventuras casi novelescas. Sobre la primera hay que recordar que tiene, además de la militar, las carreras de Derecho y Economía, los seis idiomas que conoce y su personalidad como miembro del Instituto del Desierto, centro de investigaciones superiores al cual presentó dos obras de investigación sobre las riquezas mineras del desierto egipcio y sobre etnología de las tribus nómadas. Sobre la segunda faceta, entre 1934 y 1937, perteneciendo al Cuerpo policíaco de las guardias fronterizas realizó con sólo un ayudante capturas de grupos enteros de peligrosos contrabandistas de drogas. Ambas facetas, la intelectual y la de las persecuciones de bandas, se han resumido a su vez en una sola realidad, que ha sido la del desierto, pues allí ha pasado Naguib lo mejor de su vida, sobre ello han versado sus expediciones y estudios, y la permanencia en él ha influido decisivamente sobre su carácter, en el cual se señalan desde muchos puntos de vista detalles de moderación, austeridad, religiosidad, realismo objetivo, sangre fría, etc., que son cosas favorecidas por el ambiente de los espacios vacíos.

Por moderación, serenidad y austeridad pudo imponer su prestigio personal desde la campaña palestinesca, y esas también han sido las principales armas con que ha venido contando para actuar en su labor gubernativa, quedando por encima de las contingencias que se han ido sucediendo en los pasados tres trimestres. Cada uno de los cuales ha tenido características peculiares dentro de un común desarrollo evolutivo.

Agosto, septiembre y octubre fueron los meses en que Naguib trató que su acción y la del Ejército (que en aquel momento le seguía unánime, con la única excepción de algunos altos jefes palatinos) se ejerciese desde fuera, es decir, impulsando al Estado por nuevos rumbos, sin ser por eso el elemento directamente gobernante. En noviembre, diciembre y enero, Naguib, comenzando por concederse plenos poderes y carácter de soberanía para sus decisiones, acabó por tener que suprimir los partidos políticos existentes, dando carácter oficial a un nuevo partido único y actuando contra *complots* o resistencias, siendo por tanto un período de consolidación. Y en febrero, marzo y abril, como las negociaciones con Inglaterra dominaron el panorama, fué otro período de intentos de paralela estabilización, sobre todo externa.

La primera etapa quedó a su vez articulada en los siguientes principales episodios: ocupación militar del Cairo y Alejandría el 23 de julio; ultimátum al rey el 24; abdicación de éste en su hijo niño Fuad el 26 y salida para Italia con su familia; formación el 27 de un Consejo de Regencia con un miembro de la familia real (el príncipe Abdel Muneim), un miembro del Ejército (coronel Rachad Mehanna) y un jurista (doctor Bahieddin Barakat); oposición del Wafd que provocó indirectamente sangrientos sucesos en unas fábricas de algodón; implantación del plan de reforma agraria, suprimiendo las propiedades muy grandes; sustitución el 7 de septiembre del jefe civil del Gobierno, Ali Maher, por el propio Naguib con ministros técnicos; decreto ley del 10 de septiembre para que se reorganizaran los partidos políticos; vencimiento de las resistencias de grandes terratenientes a la reforma agraria; supresión del Consejo de Regencia el 25 (quedando sólo como regente el príncipe Abdel Muneim). Y, por último, firma el 29 de octubre de un acuerdo en el Cairo con los independentistas sudaneses.

Episodios salientes de la segunda etapa fueron: el decreto del 14

de noviembre concediendo a Naguib plenos poderes absolutos por un plazo limitado a la vez que se abolía la constitución de 1923; la visita a Egipto del coronel Chichakli, principal elemento directivo efectivo de la política siria; las primeras realizaciones de la reforma agraria a la vez que la creación de un Comité superior de planificación; la firma en Jartum el 10 de enero de un pacto con todos los partidos sudaneses; la disolución de los partidos el 19 de enero y la proclamación de un período de excepción por tres años, lo cual se completó el 23 con la conversión en partido único de la «Agrupación de la liberación».

En la tercera etapa de febrero, marzo y abril, el intento mayor ha sido de consolidación de la nueva estabilidad egipcia en los cuatro sectores nacional, nilótico, árabe e internacional. Para lo primero, lo esencial ha sido la creación y actuación de la «Comisión de los cincuenta», compuesta por figuras ampliamente representativas de origen jurídico, religioso, político, cultural, militar y campesino, que formada el 13 de febrero ha venido trabajando ininterrumpidamente para establecer un proyecto de nueva Constitución que luego pueda ser sometido a un plebiscito nacional general. Respecto a lo nilótico, el acuerdo con Gran Bretaña el 12 de febrero sobre el futuro del Sudán durante tres años, que serán un período transitorio de autonomía administrativa como puente hasta el momento en que la población sudanesa pueda pronunciarse sobre su definitivo destino, y, además, la iniciación en marzo de nuevas conversaciones sobre la cuestión de la presencia inglesa en el canal de Suez. En el sector árabe, la reunión durante abril de una primera conferencia en El Cairo de delegados panárabes de grupos técnicos y sindicales, entre ellos los representantes de la Prensa de todos los países de la Liga, ante los cuales pronunció Naguib un discurso. Y en lo internacional, una multiplicación de contactos entre los cuales descolló en febrero la visita de la misión italiana presidida por el ministro de la Defensa en Roma M. Pacciardi.

Entretanto se ha ido fijando el nuevo régimen provisional que, al parecer, ha de durar en Egipto tres años, es decir, tanto como el período puente del Sudán, con una coincidencia puramente casual, pero que refuerza el carácter y la intensidad del período de transición. Dicho régimen se basa en una combinación tripartita de mando que componen por un lado la «Junta de los doce», por otra parte el Gobierno técnico y, enlazando las dos cosas, personalmente el general

Naguib. Aunque en teoría estos tres poderes efectivos estén precedidos por otros dos poderes jurídicamente reconocidos.

El primero es el llamado «regente provisional», o sea el príncipe Abdel Muneim, hijo del ex Jedive Abbas II y ex heredero del que aún no se llamaba trono egipcio antes de que a él subiera Fuad I, padre de Faruq. La misión del regente, que actúa como un jefe del Estado demasiado estrictamente constitucional, se limita a un papel protocolario de firmar, presidir y recibir embajadores. Después de él viene en teoría la Comisión de los cincuenta, como organismo preparador de una posible futura consulta popular que está vagamente tomando un aire de Senado, aun sin serlo.

Naguib mantiene un aparente enlace protocolario con los dos poderes teóricos anteriores mediante el empeño de hacerse llamar «presidente-general». Por el origen es emanación del movimiento militar, y su apoyo está esencialmente en manos de los «oficiales libres» que le subieron. Por la base actual, las fiestas de enero, con las enormes masas que en ellas tomaron parte con un sentido de adhesión visible a Naguib, permitieron a los corresponsales presentes de Prensa extranjera decir que aquéllas no eran muchedumbres, sino un pueblo en marcha que, aclamando a Naguib, apretándose alrededor de su coche para verle, tocarle y besar la manga de su guerrera, o yendo a ver los sitios donde se había sentado, realizaban un verdadero plebiscito visible. En todo caso, parece ser que tanto el poder militar recibido como las confirmaciones callejeras, han arraigado tanto o más que por razones políticas, por las formas externas de accesibilidad y sencillez, de gran importancia en país musulmán. Pues sabido es que Naguib rechaza el elevarse de su categoría de general de brigada (Ligua) hasta que no le toque el ascenso, así como vivir en palacios y usar de protocolo, destacándose también la sonriente familiaridad con que recibe a periodistas, obreros, estudiantes, etc., y su cólera contra quienes intentan adularle.

Al lado de Naguib, la «Junta de los doce», compuesta de jefes militares, es la continuación de la «Junta de los nueve» que dirigía los oficiales libres cuando éstos censuraban secretamente la conducta de Faruq. Aparentemente, su acción gubernamental no existe, pues discretamente permanecen entre bastidores. Parecen limitados a controlar el perfeccionamiento estratégico material y humano del Ejército, pero demuestra su efectivo poder el hecho de que en enero «los

doce» se constituyesen en tribunal para juzgar a los autores del complot entonces descubierto. Entre «los doce» es figura principal la del teniente coronel (Bikbachi) Gamal Abden Nasser, es decir, el antiguo creador de los «oficiales libres», que hoy hace de «jalifa» de Naguib y secretario general del partido único. Otra figura destacada es la del comandante (Sach) Abdel Hakim Amer, cuya casa era en otro tiempo el punto de reunión de los oficiales libres y que ahora desempeña el puesto de jefe del Gabinete en la Presidencia del Consejo. Otros nombres que importa tener en cuenta son los del teniente coronel Anguar As Sadat y el comandante Salah Salem.

El Gobierno está compuesto por hombres de experiencia que son verdaderos representantes de las *élites* de ideas progresistas, habiendo sido nombrados por sus antecedentes de competencia, por lo cual desempeñan un papel más técnico que político. Además las funciones de los ministros se entremezclan con las de otros organismos como, por ejemplo, la Junta estatal de Coordinación de planes, en la cual figuran algunos de ellos entre técnicos de otros orígenes, también bajo presidencia de Naguib. En realidad, el papel de los ministros es más de jefes de servicios que de gobernantes. Las sesiones del Consejo de Ministros suelen prolongarse hasta altas horas de la noche y, además, las funciones de los departamentos retienen a los titulares de las carteras hasta media tarde, por lo cual se cuenta humorísticamente en El Cairo que, si a horas extraviadas se encuentra alguien que no ha comido, se trata de un mendigo o de un ministro.

El partido oficial es el llamado «Agrupación de la liberación» (Ha-at at Tajrir), patrocinado por el Ejército y compuesto sobre todo por elementos jóvenes estudiantes, campesinos y obreros, aunque también en él figuran los elementos administrativos gubernamentales. Resume su programa «liberar el valle del Nilo y elevar los niveles sociales». Tiene como insignia una bandera con tres fajas horizontales que de arriba abajo son encarnada, blanca y negra. Como antes se ha dicho, su figura principal dirigente es la del teniente coronel Abden Nasser.

La relación entre lo militar y lo partidista no consiste originariamente en el deseo de crear una plataforma civil que ensanche la base del movimiento que dió origen al golpe de Estado en julio. Esa preocupación puramente política puede existir, pero está subordinada a una realidad social. En efecto, es evidente que en Egipto el Ejército

ha venido constituyendo desde hace tiempo una verdadera clase social, pues sus jefes y oficiales, salidos de lo que pudiera llamarse «burguesía rural» y del campesinado más instruído, a la par que privados de contactos íntimos con la clase dirigente palatina, sentían más agudamente por su situación de forzoso apartamiento los males nacionales, especialmente el de ciertas extranjerizaciones excesivas. Lo cual se notó durante el pasado siglo en episodios como el de la actuación de Ahmed Orabi en 1881 ante el Jedive Taufiq. Por eso los militares egipcios han tenido siempre empeño de poner a su nivel aquellas capas sociales poderosas que perdían los contactos con las masas por excesiva extranjerización formal y de costumbres.

La relación entre lo militar y lo agrario tiene el mismo origen en el deseo de bajar y nivelar lo que se escapaba por arriba. Así, ahora puede verse cómo la reforma agraria, que en el tiempo constituyó la más urgente realización del régimen de Naguib, no tuvo esencialmente el objetivo de lograr una mejora económica en beneficio de los campesinos sin tierra, sino que la prisa en aplicarla era por romper los cuadros de los viejos grupos políticos dirigentes, que precisamente se apoyaban en la llamada «feudalidad agraria», es decir, en el sistema de los grandes terratenientes. Dicho objetivo parece haberse logrado no sólo con el comienzo de instalación de «Fel-lajin» en pequeñas fincas, sino con el envío a presidio de algunos de los mayores propietarios rebeldes violentamente contra la ley de nuevos asentamientos rurales.

Todo esto de la transformación del campo se completa con una iniciada guerra declarada al desierto o, mejor dicho, a los tres desiertos egipcios (Sáhara, arábigo-africano y del Sinaí), la cual guerra consiste en la conquista para la explotación y el poblamiento de los grandes espacios vacíos que constituyen la mayor parte de la superficie de Egipto. Ahora no sólo se quiere proceder a la extracción sistemática de sus riquezas minerales (sobre todo fosfato, manganeso, oro, piedras preciosas, cobre, petróleo y materiales de construcción), sino llevar agua y barro del Nilo a ciertas zonas deprimidas del sector desértico sahariano, donde se crearán oasis artificiales, y por otra parte, aprovechar la humedad litoral mediterránea para hacer plantaciones entre Alejandría y la frontera líbica.

El peso de la masa rural predominante, de la cual los oficiales han venido siendo la más fiel expresión, es también el factor que más

tiende a destacar en la evolución de las relaciones anglo-egipcias, porque el sentimiento de amor al Nilo, de integración con el Nilo, que caracteriza al pueblo egipcio en sus masas, anima a la creciente exaltación en las reivindicaciones sobre el valle, sea respecto a Egipto mismo o a su fraternización con los sudaneses. Y si el movimiento militar quiere mantener el entusiasmo inicial producido por la caída de Faruq, si se quiere que no se apague la llama de la renovación ha de seguir manteniendo la popularidad, insistiendo en lo nilótico que, traducido a términos de política, significa el deseo de que en el Nilo no haya tropas extranjeras. Así, pues, no puede ya lograrse en Egipto ninguna base política popular si no se mantiene ese principio que no depende de la voluntad de Naguib (como no dependió de la de los dirigentes del Wafd), pues ya ningún poder público puede actuar allí sin un programa de evacuación inglesa. La labor gubernamental sólo puede consistir en encauzar esa corriente del modo más conveniente.

Hasta ahora, Naguib parece desear que el encauzamiento sea moderador, a pesar de que la palabra «liberación» significa deseo de ver marcharse a los ingleses «hasta el último soldado», según frase del mismo Naguib; pero eso es paralelo con la convicción que él expresa de que el deseo británico de mantenerse a todo trance es contrario a los propios intereses ingleses. Además está dispuesto sinceramente a que Egipto pueda participar en algunos de los planes anglonorteamericanos de defensa internacional colectiva en ese Próximo Oriente que los anglosajones llaman Oriente Medio; pero para ello es necesario que la nación egipcia no sólo recobre el prestigio de ser soberana en su propia casa, sino que tenga elementos suficientes de defensa, tanto en territorio como en armamento.

En resumen: para lo interno como para lo externo, la nación egipcia necesita ahora anchura. Anchura conquistada sobre las estrecheces del suelo cultivable, sobre la miseria e ignorancia de las masas, sobre las ataduras a su independencia territorial, sobre las barreras que han venido aislándola del Sudán espacioso y complementario, sobre la aplicación de todas sus posibilidades de apoyo al resto del mundo árabe... Desde muchos puntos de vista puede decirse que en el Egipto de Naguib casi todo está por hacer, no porque este país carezca de espléndidas realizaciones en urbanización, técnica agraria, cultura universitaria, arte, etc., sino porque todas esas realizaciones no habían

llegado al núcleo principal de la población. Hasta ahora el poco tiempo transcurrido para querer volver al país del revés ha hecho que las improvisaciones se adelanten sobre los planes. No hay todavía seguridades de que durante los tres años del comenzado período autoritario los planes se puedan aplicar totalmente ni tampoco de que al fin de esos tres años pueda restablecerse el régimen constitucional. Porque la labor emprendida es casi de hacer la nación de nuevo.

En todo caso, el empirismo y la provisionalidad de un régimen que se va haciendo a sí mismo día por día, más empujado por las circunstancias que forzado por planes fijos, entre sus dos posibilidades, buena y mala, sigue inclinado a la buena. Por diversos factores, entre los cuales prevalece por ahora el del carácter personal de Naguib, amigo de los humildes y de los niños, a quien ya empieza a calificarse en la Prensa de El Cairo que se publica en lenguas extranjeras como «Naguib le père», igual que en Turquía Mustafá Kemal fué conocido como «padre de los turcos» (Atatürk). Y sobre el destino de Atatürk parecen ir también en el fin de su tercer trimestre de gobernante los pasos del general Mohamed Naguib. Aunque con el añadido de un especial sentido doblemente popular y religioso que está marcando las fases de una revolución desarrollada bajo el lema «¡Que Dios nos ayude a todos en el camino del bien!».

RODOLFO GIL BENUMEYA